

LA UNIVERSIDAD Y LOS DEBERES DE LA JUVENTUD (*)

De acuerdo a lo que estableció una costumbre, que ha sido reglamentada por una ordenanza, nuestra Universidad celebra hoy, una vez más, en acto público, la reanudación anual de sus tareas docentes. Y tiene esta ceremonia, en realidad, un sentido profundo. La Universidad quiere que, a modo de símbolo auspicioso, entre en su casa, llegue hasta su paraninfo, la sociedad en cuyo seno vive y a la que es su anhelo fundamental servir. La Universidad necesita que la conozcan para que puedan quererla, para que sepan defenderla; necesita enraizar hondo en el corazón del pueblo del que quisiera ser gala y decoro, ilusión y esperanza.

Por eso os agradezco el auspicio que vuestra presencia en este acto significa, lo agradezco especialmente a los representantes de los poderes civiles, militares y eclesiásticos, nacionales y provinciales y, singularmente, al señor representante del Gobernador de la Provincia quien no ha de permitir, esperamos, que falten a la Universidad ni el estímulo de su simpatía, ni el necesario aporte de los recursos fiscales.

Está ausente de esta ceremonia y de esta tribuna nuestro prestigioso Rector que, invitado por el Gobierno de los Estados Unidos de Norte América, en nombre de un núcleo destacado de Universidades e Institutos científicos para visitar sus

(*) Discurso pronunciado en el acto de inauguración oficial de los cursos universitarios, realizado el 19 de abril de 1941.

más importantes centros de enseñanza e investigación, se halla actualmente en ese país. Y si con ello perdemos de oír sus palabras liminares de este acto, que hubiesen sido de cierto y como siempre, plenas de sereno equilibrio y de noble inspiración, consolémonos pensando no solo en la distinción que esa invitación implica, sino también en los frutos que es dable esperar de esa visita, en lo que concierne al establecimiento de provechosos intercambios y de más estrechos vínculos universitarios. Así lo ha entendido el H. Consejo Superior al encomendar al señor Rector con la representación de la Universidad, la misión de estudiar el régimen de las universidades e institutos de la gran república del norte.

En el año transcurrido las actividades de la Universidad se desarrollaron normalmente, tanto en lo relativo a su función científico-docente, como en la esfera administrativa. Me es grato señalar el clima de serenidad y amplia colaboración que ha reinado en sus diferentes escuelas.

Como justiciera recordación por el significado que en su hora tuvo la creación de un Instituto de su naturaleza y por la continuidad histórica y cultural que la Universidad representa, se celebró el año pasado el cincuentenario de la fundación de la Universidad de Santa Fe y, al mismo tiempo, el vigésimo aniversario de la creación de la Universidad Nacional del Litoral. Los diversos actos realizados, ya sea en esta ciudad, como en las de Rosario y Corrientes, contaron con la espontánea adhesión de todas las universidades del país y de muchas del extranjero y de prestigiosas instituciones culturales, como así también, con la concurrencia de un público excepcionalmente numeroso y calificado. El singular brillo y el relieve realmente extraordinario alcanzado por dicha celebración nos han dado la pauta del prestigio alcanzado y del arraigo de la Universidad en la sociedad en que actúa.

Sigue siendo una muy sensible falta en nuestra Universidad, la de un centro de investigación y estudio de las disci-

plinas filosóficas, literarias e históricas. En el informe elevado al Ministerio el año pasado, la Universidad hizo presente su permanente preocupación por subsanar esa deficiencia que nos acarrearía la supresión de la Facultad de Ciencias Económicas y Educativas de Paraná.

Un centro destinado al estudio de las disciplinas desinteresadas y fundamentales, al desarrollo de la cultura general, es indispensable en una Universidad. En algunas de las más prestigiosas de Europa, toda la enseñanza se limita a esas actividades culturales, con exclusión casi completa de la enseñanza profesional. Representan las universidades de tipo cultural puro. Nosotros anhelamos renunciar al privilegio de que se clasifique a la nuestra como modelo de las de tipo profesional o utilitario exclusivo, porque bien sabemos que quien busca en ciencia solo lo útil, tienen muchas probabilidades de no encontrarlo. Solo el anhelo desinteresado y puro por el conocimiento de la verdad es el que logra los más profícuos resultados. Ningún signo más cierto de incultura, por otra parte, que el desinterés por las preocupaciones intelectuales más elevadas, que forman el alma misma de la cultura superior del hombre civilizado.

El H. Consejo Superior designó una comisión especial para estudiar en su integridad lo relativo a la reapertura de la Facultad de Agricultura, Ganadería e Industrias afines, cuyos cursos fueron suspendidos con fines de reorganización. La Comisión se trasladó a Corrientes y continúa el estudio que se le ha encomendado. Una vez que la misma produzca su informe, el H. Consejo Superior ha de considerar lo relativo a la organización que ha de darse a dicha Facultad, de modo que ella responda, en los hechos, lo más ampliamente posible, a los fines superiores que se tuvieron en cuenta al crearla. No podemos, sin embargo, olvidar que para el funcionamiento de dichos cursos universitarios será indispensable el restablecimiento de la correspondiente partida en el presupuesto.

La actual situación económica es para la Universidad fuente de las mayores preocupaciones, que solo podrán ser resueltas

con una comprensiva conjunción de esfuerzos. La Universidad no debe escatimar el suyo para lograr el mayor rendimiento y el más inteligente aprovechamiento de los recursos que se le destinen. Y el poder central no podrá dejar de contemplar necesidades perentorias que afectan algunas de sus funciones fundamentales. No es esta, por cierto, la oportunidad de hacer ni siquiera un esbozo de esta compleja cuestión. Solo diré, a modo de ejemplo, cuál es la situación que de hecho se plantea a los hospitales que dependen de la Universidad si sus presupuestos no son reforzados. Como debido a factores que son del dominio público, ciertos artículos, como drogas, combustibles, etc., han experimentado alzas enormes en los precios, no habrá más remedio que crear aranceles o aumentar los existentes o disminuir la prestación de servicios; dos soluciones evidentemente indeseables en la actual situación económica y social.

El Poder Ejecutivo de la Nación, por decreto del 11 de octubre pasado, aceptó la donación ofrecida por la Comisión Pro-Hospital e Institutos Médicos del Centenario, de los inmuebles en que funciona actualmente dicho Instituto. Con esa medida, que será ratificada por escritura pública próximamente, se ha dado definitiva ejecución a la meritoria obra que el pueblo de Rosario realizara con su esfuerzo generoso, como la más simpática e inteligente contribución que pudo ofrecerse a la Nación, al celebrarse el primer centenario de su emancipación. Así también lo reconoce y testimonia el conceptuoso decreto del Gobierno al aceptar dicha donación que plantea, a su vez, la necesidad perentoria de atender a la conservación de esos edificios mientras maduramos un amplio proyecto, que nos es singularmente caro, de dotar a la Escuela de Medicina de Rosario y a su Hospital de los locales que necesita y merecen.

La labor de las diversas Facultades e Institutos se ha cumplido con normal eficiencia.

En la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, debo destacar la intensificación y el satisfactorio desenvolvimiento de los cursos de Seminario y de la enseñanza práctica; la labor de sus Institutos de Derecho Civil y del Trabajo, así como la creación del Instituto de Derecho Agrario, destinado a llenar una función de trascendencia social.

En la Facultad de Química Industrial y Agrícola se ha creado el Instituto de Ingeniería Química, organización cuya finalidad es la de intensificar y complementar la enseñanza técnico-industrial, en su doble aspecto, teórico y práctico.

La Facultad de Medicina, Farmacia y Ramos Menores, aparte de importantes reformas de orden docente y reglamentario, ha incorporado a las actividades del Hospital Centenario, un Centro de Alergia y ha creado un Centro de Hemoterapia; ambos destinados a cumplir una vasta misión social y científica. Ha comenzado también a funcionar en esa Casa, con señalado éxito, la Escuela de Nurses, que llena una muy sentida necesidad docente.

La Facultad de Ciencias Matemáticas, cuyos Institutos de Fisiografía y Geología, de Matemáticas y de Estabilidad, son acreditados centros de trabajo e investigación, ha tenido la satisfacción de que varios de sus alumnos hayan sido premiados en concursos organizados por la Institución Mitre, el Comité organizador del V Congreso de Arquitectura y la Arco International Corporation; lo que resulta consagratorio de su eficiencia didáctica.

En la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas, cabe destacar la labor seria e intensa de sus seminarios y de sus Institutos de Derecho Público, de Derecho de Gentes, de Estadística, de Investigaciones Económicas y de Contabilidad, cuyas actividades han sido reflejadas en sus diferentes publicaciones.

En lo que respecta a las Escuelas anexas, subsiste para la Universidad el problema que crea el crecido número de aspirantes a ingresar, desproporcionado por nuestras limitadas posibilidades materiales.

En cuanto a los Institutos de investigación dependientes del H. Consejo Superior, debo manifestar que el Instituto de Investigaciones Microquímicas, el primero y único organismo de esta naturaleza en Sud América, ha adquirido prestigio, autoridad y consideración tanto en el país como en el extranjero, dada la labor seria y eficaz que desarrolla. El Instituto de Investigaciones Jurídico-Políticas realizó la primera exposición del libro americano de ciencias políticas y derecho público. El Instituto de Historia y Filosofía de la Ciencia, en plena organización, ya ha publicado varios fascículos de la revista "Archeion", y el Instituto de experimentaciones agropecuarias, que funciona en Corrientes continuó dedicándose con intensidad a los problemas propios de la región.

El Instituto Social, encargado de la acción cultural, ha desarrollado también una eficaz tarea. Por la sección Extensión Universitaria, se realizaron con su organización y auspicio 34 reuniones, de las cuales 24 en la zona de Santa Fe y 10 en la de Rosario. El acto inaugural estuvo a cargo del eminente Rector de la Universidad de Montevideo Dr. Carlos Vaz Freyre. Los otros actos consistieron en un concierto realizado por la Asociación Coral Argentina, de Rosario, y una serie de conferencias sobre temas históricos, sociológicos y económicos, que estuvieron a cargo de destacadas personalidades del país y del extranjero. El número de publicaciones aparecidas en 1940 fué de 5 con un total de 15.500 ejemplares, con lo cual se llega, al finalizar el año, a 104 ediciones y a 267.200 ejemplares tirados. Por la estación L. T. 10, se efectuaron transmisiones radiotelefónicas de carácter musical y la propalación de 23 actos organizados por los Institutos universitarios.

El Museo Social continuó su labor de años anteriores y organizó una exposición de "affiches" sobre accidentes del trabajo. Durante este año se inició la publicación de un boletín bibliográfico en el que bimestralmente se dará cuenta del material bibliográfico existente en su biblioteca.

Por intermedio de las universidades populares de Rosario y de Santa Fe, la sección cursos desarrolló una intensa y am-

plia labor, realizada en forma totalmente normal y regular, labor que podría ser más amplia aun de contar en Rosario con su edificio propio, que podría construirse en el terreno que posee al efecto y, además, con el aumento del número de cursos, tanto en Rosario como en Santa Fe, con lo cual podría implantarse la enseñanza de nuevas especialidades.

Jóvenes estudiantes: Vosotros sois el motivo de nuestro afán docente y de nuestra patriótica esperanza. Os debemos hondo amor y absoluta sinceridad. Permitidme que considere propicia esta oportunidad para haceros algunas reflexiones. No oigais las voces, frecuentemente interesadas, de los diestros en halagaros, de los que saben aprovechar lo que la juventud tiene de desmesurado y de cándido. No creais a los que os digan que la Universidad es de los estudiantes y para los estudiantes. La Universidad es del pueblo que la paga y a quien debe servir. Y si bien es cierto que la de instruiros y sobre todo de cultivaros, es una de sus fundamentales misiones, también es cierto que no es ese todo su objetivo, ni siquiera el principal. La misión fundamental de la Universidad es la de buscar la verdad. La Universidad que se limita a instruir profesionales y a conceder títulos que autoricen a ejercer un oficio, se reduce, ha dicho con razón Lewis, a una Escuela técnica con pretensiones.

Y en el grave compromiso que la Universidad, asume con la sociedad que la sustenta, vosotros sois, en realidad, su instrumento. Porque es fundamentalmente a través de vosotros que se desea servir desde la Universidad a los intereses generales y permanentes del pueblo. Porque de vosotros aspira la Universidad a hacer una fuerza viva y vivificante, una élite, un fermento capaz de elevar el tono, de purificar el clima, de dirigir a mejores destinos, en una palabra, a la sociedad en cuyo seno habreis de actuar.

Compenetraos bien de vuestra enorme responsabilidad. No oigais a los que os hablan demasiado de vuestros derechos.

No os acordeis vosotros mismos, nunca, de reclamar vuestros derechos sin haber antes cumplido íntegramente con vuestros deberes. Y el primer deber que tiene el estudiante, es el de estudiar. Y el de estudiar mucho; que el arte es largo y la vida breve. El joven estudiante que no estudia es, en el fondo, un farsante que defrauda y se defrauda. Me parece que robo si paso un día sin trabajar, decía Pasteur, viejo y hemipléjico. Ese pensamiento, rectamente interpretado, debiera erigirse en norma general de conducta de todo hombre que aspirara a merecer realmente tal dignidad.

Pero no basta estudiar, no basta conocer la verdad. La Ciencia no es sino un medio, la Ciencia ha multiplicado, en proporciones que crecen asombrosamente, nuestro poder. Nuestro poder para el bien o para el mal. Las maravillas más extraordinarias que ideara el ingenio humano, pueden ser las más benéficas o las más dañinas armas según la dirección en que las empleemos. La Ciencia sola, ha dicho Okinezye, no tiene la virtud de iluminar y de acrecer nuestro humanismo. Ciencia hace a menudo abstracción del hombre, ella lo domina y puede mismo aplastarlo, pues en ella no florece la piedad de esencia demasiado humana para ser compatible con sus leyes, sus fórmulas y sus decretos. No necesito comentar la hoy trágica evidencia de estas afirmaciones.

Debeis, por consiguiente, aspirar a ser los hombre cultos y los hombres sabios, pero debeis, sobre todo, desear ser los hombres justos y los hombres buenos de que tan necesitado está el mundo. ¿Cómo lograrlo? Quiero repetiros aquí una inspirada exhortación de un alto espíritu de la Universidad Española. “Imponeos la dolorosa pero fecunda disciplina de la vida ascendente. En estos términos — vida ascendente — puede resumirse el conjunto de virtudes juveniles que, en la convivencia universitaria, deben formar el atalaje del estudiante. Vida ascendente es, por lo pronto, la repulsión de todo lo bajo, de todo lo vil, de todo lo innoble que corroe la existencia, la deprime, la carcome y la abate. Vida ascendente es, además, el odio a la vulgaridad de la pereza, de lo fácil, de

lo cómodo. El hombre, el joven que está en vida ascendente, el que es o quiere ser varón de pro — como decían los viejos castellanos — repudia el halago de la indolencia incapaz y de la comodidad infecunda. Huid, queridos amigos, de la facilidad y de las facilitaciones. No pidáis nunca menos; siempre poneos a vosotros mismos las máximas exigencias. No soliciteis nunca de vuestros maestros autorizaciones para holgar, disminuciones de trabajo, alivio de la tarea. Excitaos a vosotros mismos en el coraje del esfuerzo y pensad en la deliciosa sensación que invade al hombre cuando, tras penosa y tenaz labor, triunfa de la dificultad y convierte el imposible futuro en una realidad presente. Lo único que hace que los logros sean honrosos, es el haberlos logrado a fuerza de vencer obstáculos.

Pero, por otra parte, el mayor enemigo que acecha al hombre de vida ascendente, es la satisfacción de sí mismo. No creais nunca que ya sois lo que aspirais a ser. No finjais confundir el propósito con la realización, el deseo con la auténtica voluntad. Huid de la fatuidad, vicio juvenil que mancha y enmohece la más hermosa virtud del alma joven, el entusiasmo. No esteis, pues, jamás satisfechos de vosotros mismos; pensad siempre que el hombre satisfecho es en el fondo un hombre resignado y que lo propio al joven que sube por la vida es exigirse más y más, sin descanso ni complacencia en sí mismo". Yo sé que vosotros alentais grandes ideales de libertad, de justicia, de fraternidad, etc. Preparaos a defenderlos. Obras y no palabras, son amores. De estos ideales se que hay uno que os es singularmente grato, cuyo nombre suena como una clarinada a cuyo reclamo nadie quiere estar ausente. Es el amor a la libertad. Haceis bien. Cuanto más lo mediteis, más comprendereis las razones de ese amor por la libertad que está en las bases mismas de nuestra constitución anímica. Es la libertad lo que permite el desarrollo diferenciado de las distintas individualidades, la expansión de la propia personalidad; es, en el fondo, lo que típicamente nos separa del animal. La inteligencia ha libertado al hombre de la tiranía del

instinto cuyas construcciones, aun las más perfectas, tienen el vicio inhumano de la inmovilidad. Es un ideal evidentemente regresivo el de desear para nuestras sociedades una organización que las asemeje a la colmena o al hormiguero. Nuestra fundamental ventaja es la de poder ser diferentes, lo que nos alienta la divina esperanza de poder ser mejores. Pero esa misma libertad puede emplearla el hombre lo mismo para elevarse hasta las sublimidades del heroísmo y de la santidad que para descender a extremos de injusticia y de crueldad de que ningún animal es capaz. De ahí que la libertad individual de actuar tenga que ser limitada, que haya que poner diques a sus abusos y a sus excesos. Y los límites son lo que nos pone desde fuera la ley y los que desde adentro nos dictan la moral y la religión. Estos últimos son, sin duda, los fundamentales. Mientras menos capaces seamos de disciplinar nuestra conducta a rígidas normas morales, más inevitablemente realizaremos indebido uso de la libertad, uso indebido que lesiona la justicia, lesión que irremediablemente perturba la armonía de la humana convivencia. Y como las sociedades y los pueblos buscan y acaban por encontrar normas que aseguren un más justo y armónico convivir, resulta que cuanto menos capaces seamos de ajustar nuestra conducta a las normas éticas indispensables de verdad, de justicia, de tolerancia y de respeto, más ineludible se hace que desde afuera, dura e implacable, se nos imponga una disciplina rígida y estrecha que, cualesquiera sean sus transitorias ventajas materiales, será para el alma de los buenos como un retroceso al pasado abismal de la animalidad.

Pensemos, pues, que disciplinar nuestra voluntad, hasta hacerla capaz de dirigir sin claudicaciones nuestra vida espiritual en sentido ascendente es, no sólo cumplir con el único programa individual realmente digno de ser vivido, sino también contribuir en la mejor forma posible a la consecución, cada vez más amplia, de ese ideal de libertad que amamos tanto más cuanto más lo vemos peligrar, cuanto más evidentes son las tinieblas resultantes de su aniquilamiento.

Señores Profesores: La tarea docente universitaria, en su sentido más amplio, es de la más alta jerarquía espiritual; es, tal vez, la que impone los más graves deberes a quien aspira a ejercerla con decoro. Conviene que no olvidemos en ningún momento algunos hechos fundamentales en materia docente. Uno de ellos es la importancia absolutamente preponderante del factor individual. No hay buena enseñanza técnica posible sin profesores capacitados, ni buena educación moral sin nuestros verdaderamente dignos de ese nombre. Y respecto a esto último, quiero agregar dos palabras. Creo muy poco en la eficacia docente — en lo que se refiere a la formación moral de la juventud — de la moral enseñada como materia o expuesta sistemáticamente como conjunto de normas que impone el dogma o que la razón señala como necesarias para la convivencia. Infinitamente más fecunda me parece la acción del ejemplo. Los alumnos nos observan, nos conocen y nos sienten. No como aparentamos o quisiéramos ser, sino como en realidad somos, y es esa auténtica, esa intrínseca realidad, la que tiene una virtud comunicativa, una capacidad de penetración, lenta pero segura, la que ejerce un estímulo eficaz a la aspiración de elevación que pocas veces está totalmente ausente del alma humana. Sentir esta verdad y valorar la extensión de nuestros deberes y de nuestra responsabilidad, serán los mejores estímulos para no cejar en un afán de superación que nos haga dignos de ser el espejo en que se mire la juventud que debemos orientar.

Señores: Nuestra Universidad que cumple con eficiencia la delicada función de dotar a la sociedad de profesionales idóneos, realiza en medida mucho más modesta, la tarea más trascendente, que le es también específicamente propia, de investigar, de contribuir a la conquista de la verdad, a la formación del común capital científico. Ha realizado nuestra Universidad, en este sentido, un lento e ininterrumpido progreso desde sus días iniciales, pero no se marcha al paso deseable.

No es ésta oportunidad en que yo pueda hacer un análisis de causas y remedios posibles; solo quiero insistir en un punto de vista que todos pueden con facilidad comprender. Para buscar desinteresadamente la verdad con probabilidades de éxito — que es una de las cosas más bellas y ciertamente la más útil que puede hacer el hombre — es necesario disponer de investigadores capaces, totalmente entregados a ese afán, debidamente asistidos y dotados de los elementos técnicos necesarios. Todo eso necesita recursos y una sociedad, sobre todo en épocas como la que vivimos, solo puede darlos cuando es capaz de una inteligente comprensión de sus necesidades y de sus verdaderos intereses. Por eso os decía al empezar que la Universidad tiene un vital interés en que se la conozca y se la comprenda.

Pero en lo que nuestra Universidad está evidentemente en mora, es en su misión cultural, en su misión de contribuir a la formación de la elite a que antes aludía, de dotar a la sociedad de un grupo suficientemente numeroso y selecto de hombres jóvenes cuyas normas de vida, cuyos gustos, cuyas actitudes, sean brújula que oriente y timón que dirija. Esta capacidad de las universidades de crear y difundir cultura depende de muchas cosas: del tipo de enseñanza y del ambiente en que se la imparte, de la calidad de sus docentes, etc. Nuestra Universidad, de tipo profesional casi exclusivo, está a ese respecto en posición desfavorable. Pero aquí también, creo yo que la formación del ente social y moral a que aspiramos, no se logra solo ni siquiera principalmente en las aulas. Refería recientemente Navarro Monzó que el Dean del Trinity College de Cambridge, le decía refiriéndose al mismo problema, que dicha formación era fundamentalmente obra de la convivencia de jóvenes seleccionados y de vocaciones distintas — y de sus maestros, añadiría yo — en tres lugares esenciales para cada centro de estudios: la capilla, la biblioteca, el refectorio. Ante Dios y la Ciencia el compañerismo de gente bien educada completa la formación de ese tipo humano que merece el nombre de “señor”.

Debemos, pues, anhelar como cosa indispensable que surjan en nuestro país las ciudades universitarias, las ciudades de los estudios. Que nuestras universidades sean algo más que conglomerados de escuelas e institutos sin más nexos de unión que los del presupuesto y la administración. Que lleguen a ser una vasta y multiforme comunidad de anhelos y de ideales cristalizados en el común amor que reúna a profesores y estudiantes en torno al “alma mater” que les mueva a obrar unidos por el progreso y el prestigio de la Universidad. Amor por la común madre espiritual que crea un espíritu y una tradición capaces de trascendente influencia en la vida del pueblo.

DAVID STAFFIERI

